

PASATIEMPOS.

La sociedad moderna, que ha puesto en prensa su inventiva hasta agotar los espectáculos posibles, ha descubierto los espectáculos reflejos i los recíprocos.

Para los primeros sirve un espejo, para los segundos un paseo cualquiera, como la Alameda, por ejemplo.

Allá van damas i mozos para ver i ser vistos. Es una gran parada civil de ámbos sexos.

Es un entretenimiento peripatético, i seria el mas insulso de todos si no fuese un certámen del lujo, una Exposicion de la belleza lejitima o falsificada, una féria de candidatos para maridos i candidatas para novias.

La Alameda, en una tarde de primavera, es un jubileo de polvo, apretura i pisotones. Se acude a ella porque la jente haria gustosa la mas larga i penosa romería por ver a la jente. Capaz seria de ir hasta al mismísimo zaguan del infierno, donde debe de haber siempre mucha jente.

*
* *
*

Los pergaminos de nobleza son ya anacronismos dignos del escaparate de un museo. Desde que hai Constitucion, todos tenemos sangre igualmente azul. . . . vista dentro de las venas i al traves de la piel, porque lo que es la sangre derramada es siempre imputable a la cuenta del color rojo.

Todos somos iguales: la dama que lleva en el bolsillo un perfumado pañuelo de rico encaje es igual al descamisado que le hurta el pañuelo, i en su fuga deja al olfato de los jendarmes un rastro de soberanía.

Todos somos iguales: creer lo contrario es añeja preocupacion a que pagó tributo hasta Aquél que nació en un pesebre de bestias i murió en un patíbulo de ladrones, pero tuvo la precaucion de descender de reyes.

Se heredan los nombres, la fortuna, las enfermedades, los vicios; se heredan hasta las facciones del rostro; pero no se here-

dan las buenas inclinaciones, ni la buena educacion, ni las tradiciones de honor i de amor propio de familia.

Pero ¿a dónde va a parar mi desbocada i deslenguada pluma? Es excusado combatir las preocupaciones de castas i de sangre en un siglo i en un pais como los nuestros.

Ya nadie hace caso de la prosopia humana. Cuando mas de la hípica. Se paga a peso de oro el potrillo hijo de caballos *pur sang*, i se aprecia matemáticamente los quilates de la pureza de la sangre: hai *un cuarto de sangre, media sangre, tres cuartos de sangre.*

¿Quién compra a *By-the-sea* sin examinar su jenealogía i sus pergaminos?

Pero ¿a dónde va a parar otra vez esta mi pluma?

He perdido el tiempo i el papel en digresiones inconducentes, i no los tengo ya sino para decir que hai una diversion pública que consiste en congregarse cada domingo el Santiago de ámbos sexos para ver correr caballos i para aplaudir al que primero llega al punto de donde partió. ¿Qué dama ni qué elegante faltan a las carreras? Ya no alcanzo a decir cuán considerables intereses suelen encomendarse a las patas de los caballos, i que de esos intereses pueden decidir un tropezon, un calambre, un espanto.

GUILLERMO HERRERA.

ELEJIA A LA PRIMAVERA.

EN LA MUERTE DE MI IDOLATRADA MADRE, LA SRA. DOLORES GALVEZ DE ECHEVERRÍA, ACAECIDA EN VALPARAISO EL 11 DE OCTUBRE DE 1875.

De tus hermosas flores,
¡Oh linda primavera!
¿Qué importa la fragancia,
Los matices espléndidos que ostentan?

Tus brisas bullidoras
¿Qué importan, primavera,
Cuando mi alma herida

MCD 2018A solas llora sus amargas penas?

De las lozanas flores
Admiré la belleza,
I del tranquilo viento
Gusté en alas soltar mi cabellera;

Mas ¡ah Dios mio! ahora
Mis ojos ya no encuentran
La flor tan grata i pura
Cuya existencia mi consuelo fuera!

¡Señor, allá en tus juicios
Quitármela decretas!
¡Su frente está marchita!
¿Por qué en abismos de dolor me dejas?

¡Cómo bramar escucho
Del mundo las tormentas,
I ni una tabla tengo
Para, en naufragio tan cruél, vencerlas!

Detesto tu venida
Feroz, oh primavera:
En mi luctuoso duelo,
¿Qué haces, decid, sino acerbar mis penas?

Tus brisas de otro tiempo
Son hoi borrascas fieras,
I tus hermosas flores
No exhalan ya su perfumada esencia!

¡Oh! ¡cruel edad de flores!
Al darlas a la tierra,
¿Por qué la mas valiosa
En sus entrañas sepultar la dejas?

Valparaiso, Octubre 19 de 1875.

MERCEDES CATALINA ECHEVERRÍA.

LA DONCELLA DE MALINAS.

(De THE PILGRIMS OF THE RHINE, por Sir E. Bulwer Lytton.)

(Conclusion.)

Comenzó a aborrecer a Lucía; persistia en imajinar que solamente la casualidad del primer *encuentro*, la despojaba de una conquista a la cual estaba subordinada su felicidad, segun se lo persuadia ella misma. Si St. Amand jamas hubiese amado a Lucía i hubiese pretendido la mano de Julia, su infortunio habria sido para ella suficiente causa de rechazo, a despecho de sus riquezas i de su juventud; pero, el ser amante de Lucía i una conquista que arrebatarse a ésta, le daban una importancia que por sí mismo no tenia. Sin embargo, resguardado por su enfermedad, la belleza i artificios de Julia caian sin herir la fidelidad de St. Amand. Antes gustaba de ella ménos que nunca por parecerle impertinente el propósito de contrahacer la ansiedad i la vijilancia de Lucía.

—Ya es tiempo, seguramente, ya es tiempo, señora Le Tisseur, de que Lucía estuviera de vuelta. A esta fecha ella podria haber vendido todos los encajes de Malinas, dijo un dia St. Amand en tono regañon.

—Paciencia, querido amigo, paciencia; quizá esté de vuelta mañana.

—¡Mañana! I no son mas de las seis; ¿las seis no mas, estais segura?

—Las cinco en punto, querido Eujenio; permitid que os lea; es un libro recién llegado de Paris; ha producido mucho ruido, dijo Julia.

—Sois mui amable, pero, no quiero molestaros.

—Oh, está mui distante de ser molestia.

—Francamente, entónces, prefiero que no lo hagais.

—¡Oh, si pudiese ver, se dijo para sí Julia, como me vengaria de esto!

—Siento las ruedas de un carruaje, ¿quién pasará por el camino? Seguramente es el coche de Bruselas, dijo St. Amand, poniéndose de pié, es el dia i tambien la hora. Nó, nó, es un vehículo mas liviano i dejóse caer sin escuchar mas en su asiento.

Las ruedas se oian cada vez mas cerca; dieron vuelta en la es-

quina i se detuvieron ante la modesta puerta; i Lucía, fuera de sí, enajenada por la alegría, se precipitó entre los brazos de St. Amand.

—Espera, dijo llena de vergüenza al recuperar la posesion de sí misma i dirijiéndose a Le Kain; por favor, dispensad señor. Querido Eujenio, he traído conmigo quien, con la bendicion de Dios, puede todavía devolverte la vista.

—No debemos confiar demasiado, hija mia, dijo Le Kain, nada es peor que un desengaño.

Para concluir, querida lectora, esta parte de mi historia, Le Kain examinó a St. Amand i el resultado de su exámen fné la creencia fundada en la probabilidad de su curacion. St. Amand se sometió gustoso al experimento de una operacion; coronola el éxito, el ciego vió. ¡Oh, quién dirá cuáles fueron los sentimientos de Lucía, cuál su emoción, cuál su gozo, al contemplar cumplido el objeto de su peregrinacion i de sus plegarias! Tan intenso era su gozo, que segun son las perpétuas alternativas de la vida, su mismo exceso podria haberla hecho presentir cuan amargos serian los pesares que en pos de él estaban decretados.

A medida que el nuevo sentido del enfermo iba reconciliándose por grados con la luz, su primera i única peticion era la de ver a Lucía. “No me la dejeis ver sola, que la vea yo en medio de todos vosotros a fin de convencerlos cómo jamas se engaña el corazon en sus instintos.” Ajitada por un terrible i triste presentimiento Lucía cedió a sus exigencias; en verdad el impetuoso St. Amand no queria escuchar negativa ninguna. Reuniéronse en la pequeña sala el padre, la madre, Julia, Lucía, las hermanas menores de Julia; abrióse la puerta, i St. Amand, de pié en el umbral, se detuvo vacilante. Bastóle una mirada en derredor; su rostro se iluminó i una exclamacion de alegría se exhaló de su pecho.

—¡Lucía! Lucía! exclamó, sois vos, lo sé, vos la única. Se lanzó adelante i cayó a los pies de Julia.

Satisfecha, llena de orgullo i con una mirada de triunfo, clavó en él sus ojos chispeantes; *ella* no lo desengañó.

—Estais equivocado, dijo la señora Le Tisseur, ésa es su prima Julia, aquí teneis a vuestra Lucía.

Levantóse St. Amand, volvióse i vió a Lucía, quien habria preferido en ese momento estar en la tumba. En su mirada se dibujaban sorpresa, mortificacion, desengaño. Habia poblado su prision de ensueños, i al principiar su libertad sentia cuan diferentes de la verdad habian sido. Mui novicio en el arte de observar, no podia leer el dolor, la desesperacion, la tortura i el estremecimiento de todo el cuerpo que su mirada produjo en Lucía; no obstante, pasado el primer choque de la sorpresa, sintió que no era esa la manera de manifestar su agradecimiento a la que lo habia vuelto a la vista. Se apresuró a redimir su error ... mas, ¿cómo redimirlo?

Desde aquel instante hubo de terminar la felicidad de Lucía; sus *hadúlicos* palacios quedaron destrozados entre el polvo; la vara mágica se rompió, los vientos arrebataron a Ariel; i al desvanecerse el luminoso encantamento el oásis en que ella habitaba se confundió con el resto del estéril mundo. Es verdad que las palabras de St. Amand eran bondadosas; es verdad que él recordaba con la mas ferviente gratitud cuanto ella habia hecho en su obsequio; es verdad que mil i mil veces se violentaba para decir: “Ella es mi prometida, mi bienhechora” i se maldecia a sí mismo al pensar que los sentimientos que él habia alimentado por ella se habian desvanecido. ¿Habia huido la pasion de sus palabras? ¿qué se habia hecho el fuego de su acento, i aquella luz que en otro tiempo despertaba en su fisonomía *su* paso i *su* voz? Si les acontecia encontrarse solos, él se sentia perplejo i violento, casi frio; ya *su* mano no buscaba las de *ella*; su corazon ya no anhelaba *su* presencia; si ella se ausentaba de su lado por un momento, se encontraba visiblemente mas dueño de sí mismo en pleno círculo doméstico; pero, ¿se fijaban sus miradas sobre aquella que los habia abierto al dia? ¿acaso no se extraviaban a cada momento con admiracion demasiado significativa en direccion del rostro sonrosado i radiante de la triunfadora Julia? Esto, como podeis creer, no se hizo notar instantáneamente en un dia o en una semana, pero cada dia iba siendo mas i mas notable. Sin embargo, por mui hechizado i entrelazado que estuviese St. Amand, talvez nunca se habria hecho reo de una infidelidad, contra la cual luchaba con todas sus fuerzas, lleno de agudísimos remordimientos, si no hubiese sido por aquel fatal contraste que presentaban Julia i Lucía en el primer momento de su desbordado entusiasmo. A no ser por esto no se habria formado una idea previa de belleza real i viviente, que aumentase el desengaño de sus imajinaciones i ensueños. Habria visto a Lucía jóven i graciosa i con ojos expresivos iluminados por el afecto, contrastada únicamente por las arrugadas fisonomías i formas encorbadas de sus padres, i ella habria puesto completo término a su conquista ántes que él hubiese descubierto que era ménos bella que las otras; aun mas, su infidelidad no habria durado mas de los primeros i pocos dias, si la vana e insensible mujer que era causa de ella no hubiese agotado todos los artificios, todo el poder i encanto de su belleza para robustecerla i continuarla. La infortunada Lucía, tan susceptible al mas lijero cambio en aquellos que amaba, tan desconfiada de sí misma, tan orgullosa en su misma desconfianza, al ver que habia dejado de ser necesaria, que no era buscada, no mas amada, no pudo soportar la amarga comparacion entre el presente i el pasado. Sin lamentarse huia a su cuarto para desahogar sus lágrimas, i de ese modo i como desgraciadamente durante el dia su padre estaba de ordinario ausente, i su madre ocupada ya en trabajos, ya en los negocios domésticos, ella misma proporcionó a Julia mil ocasiones pa-

ra completar el poder que había comenzado a adquirir sobre nó, el corazón, no sobre *los sentidos* de St. Amand. Sin sospechar todavía en la noble jenerosidad de su espíritu, toda la extensión de su desgracia, la pobre Lucía, a veces se consolaba con la esperanza de que una vez casada i en el seno íntimo de la amistad el indecible amor que ella experimentaba por él se había de manifestar con mayor libertad que al presente i talvez podría reconquistar un corazón que le había pertenecido tan absolutamente que aun no podía creerlo irrevocablemente perdido; en esa esperanza había suspendido todo el pequeño resto de felicidad que aun le restaba. St. Amand todavía urjía su matrimonio ¡pero, cuánta diferencia en su modo! En realidad él deseaba libertarse a sí mismo de la posibilidad de una ingratitude mayor que la ya cometida. Vanamente creía que el roto tejido de amor podría anudarse i reforzarse por los lazos del deber; por lo ménos anhelaba dar a Lucía con su mano, su fortuna, su estimación i su gratitud, la única recompensa que entónces le era posible dar. Miéntras tanto, hallándose tan a menudo a solas con Julia i Julia empeñada en consumir el último triunfo sobre su corazón, St. Amand iba preparando por grados una recompensa mui diferente para aquella a quien él debía una deuda tan incalculable.

A espaldas de la casa había un jardín i en el jardín había una pequeña enramada, donde durante las tardes del estío, Eujenio i Lucía frecuentemente se habían sentado juntos. ¡Horas idas para jamas volver! Un día en que se había encerrado a llorar oyó desde su cuarto el sonido de la flauta de St. Amand que dulcemente resonaba desde aquella querida i sagrada estancia. Al escucharla lloró, i los recuerdos que acompañan a la música le presentaban *su* imájen mas suave i se la hacían mas querida; comenzó a echarse en cara el haber cedido tantas veces al impulso de sus sentimientos heridos; haberlo abandonado con tanta frecuencia a sí misma, retraída por *su* frialdad, i no haberse atrevido a manifestarle el afecto, que segun su modesta depreciación de sí misma, constituía su único título a *su* amor. “Talvez ahora está solo, se dijo, i aun la melodía es una de las que él sabe me agradan;” guiando sus pasos por el impulso del corazón, salió de la casa i se encaminó a la glorieta. No bien se había alejado de su cuarto, cuando calló la flauta; al llegar a la enramada oyó voces, la voz de Julia en tono de agravio i la de St. Amand que procuraba consolarla. Un terrible presentimiento la dominó; sus piés se clavaron como arraigados en el suelo.

—Sí, casaos con ella, olvidadme, decía Julia, en pocos dias sereis de otra i yo yo perdonadme, Eujenio, perdonadme el haber perturbado vuestra felicidad. He sido harto castigada mi corazón se romperá, pero, se romperá amándoos. Los sollozos interrumpieron la voz de Julia.

—¡Oh! no habéis así, dijo St. Amand. Yo, solo *yo* soi el culpa-

ble; yo, a ámbas falso, a ámbas ingrato. ¡Oh! desde el momento en que mis ojos se abrieron para veros, bebí una nueva vida; el mismo sol era para mí ménos maravilloso que vuestra belleza. Mas mas dejadme olvidar aquella hora. ¿Qué no debo a Lucía? Seré desdichado i mereceré serlo. ¿Acaso no pensaré continuamente, Julia, que yo he amargado vuestra vida con nuestro amor malhadado? Pero todo cuanto puedo yo dar, mi mano, mi hogar, mi fé empeñada deben ser *de ella*. Pero, Julia, pero ¿por qué esa mirada? ¿podria yo obrar de otra manera? ¿puedo soñar otra cosa? ¿por grande que sea el sacrificio, no debo consumarlo? ¡Ah! cuanto debo a Lucía, aunque solo fuese por el pensamiento de que sin ella jamas habria podido *verte*.

Lucía no se detuvo para escuchar mas; el mismo callado paso que la habia traído a escuchar esas fatales palabras, la volvió una vez mas a su triste, solitaria estancia.

En aquella misma tarde, encontrándose solo en su cuarto, St. Amand sintió un discreto golpe en la puerta.

—Entrad, dijo i entró Lucía. Púsose de pié algo confuso i quiso tomar su mano; mas, ella lo apartó suavemente. Tomó un asiento opuesto a él i bajando los ojos, comenzó de esta manera:

—Querido Eujenio, es decir, señor St. Amand, tengo en la conciencia algo de que creo mejor hablar de una vez; i si yo no sé expresar exactamente lo que deseo decir, no debeis culpar a Lucía, que no es fácil tarea traducir en palabras lo que se siente profundamente.

Avergonzado i un tanto sospechoso de la verdad, habria querido interrumpirla St. Amand al llegar aquí; pero, ella, con moderada impaciencia le hizo señal de guardar silencio i continuó:

—Sabeis, que en el tiempo en que me amábais yo solia deciros que dejariais de hacerlo si os fuera dado ver cuan poco merecia vuestro cariño. No me engañaba, Eujenio; siempre creí que así habria de suceder, que vuestro amor descansaba necesariamente en vuestra misma enfermedad; apesar de todo esto, jamas tuve al ménos un sueño o un deseo que no fuese por vuestra felicidad. Dios que sabe si otra vez, yendo con los piés descalzos, no a Colonia sino a Roma, hasta el fin del mundo, pudiese salvaros de un infortunio mucho menor que la ceguera, lo haria alegremente. Sí, aun cuando miéntras tanto pudiese prever que a mi vuelta me habiais de hablar con frialdad, i pensar de mí con lijereza i que mi castigo habia de habia de ser lo que ha sido. Aquí Lucía enjugó unas pocas, naturales lágrimas de los ojos; St. Amand, herido en lo íntimo del corazon cubrió el rostro con ámbas manos sin tener valor para interrumpirla. Lucía continuó:

—Lo que yo preveia, se ha realizado; por fin, ya no soi para vos lo que ántes era cuando podiais revestir mi pobre figura e insignificante rostro con una belleza que no poseia. Aun queriais casaros conmigo, es verdad; pero, Eujenio, yo soi orgullosa i no puedo humillarme ante la gratitud, donde alguna vez he po-

seido el amor. No cometeré la injusticia de culparos; natural era el cambio, era inevitable. Yo debí fortalecerme mas a mí misma contra él; pero, ya estoi resignada; debemos separarnos. Amais a Julia, esto tambien es natural, i *ella* os ama. ¡Ah! ¿Qué cosa mas probable en el curso natural de los acontecimientos? Julia os ama; todavía no tanto quizá como yo os amaba; pero, ella aun nos os conoce como yo, i ella, cuya vida ha sido un perpétuo triunfo, no puede sentir la gratitud que yo sentia al imaginarme amada; pero esto llegará ¡Dios lo quiera! Adios, pues, por siempre, querido Eujenio; os dejo cuando ya no me necesitais; quedais libre de Lucía; donde quiera que fuéreis encontrareis desde ahora miles que puedan ocupar mi lugar. ¡Adios!

Diciendo esto se levantó para dejar la estancia; pero, St. Amand, apoderándose de su mano, que ella en vano se esforzaba por retirar de entre las suyas, prorrumpió en incoherentes i apasionados reproches contra sí mismo i en elocuentes protestas contra su resolucion.

—Confieso, dijo, que por un momento me he dejado alucinar; confieso que la belleza de Julia me hizo ménos sensible al vuestro, mas fuerte, mas sagrado, ¡oh! mucho mas sagrado, título a mi amor! Pero, perdonadme, Lucía, mi mui querida Lucía; ya vuelvo a vos, a mis antiguos sentimientos por vos; no me hagais maldecir la bendicion de la vista que os debo. No podeis abandonarme; jamas podemos separarnos; probadme, sí, probadme siquiera, i si despues se aparta una sola vez mi corazon de vos, *entónces*, Lucía, dejadme abandonado a mis remordimientos.

Ni aun en ese momento se rindió Lucía; sentia que sus súplicas eran solo el entusiasmo del momento; sentia que habia virtud en su orgullo; que dejarlo era un deber para consigo misma. Vanas fueron sus alegaciones; en vano fueron sus abrazos, sus súplicas; en vano el recordarle su fé mútuamente empeñada con sus ancianos padres, cuya felicidad se habia identificado a su union con él.

—¿Cómo, aun si ello fuese como vos equivocadamente creis, cómo podria, sin deshonorarlos, abandonarlos i casarme con otra?

—Confiadme eso, confiadlo todo a mí, contestó Lucía; yo cuidaré de vuestro honor, nadie os culpará; solamente no celebreis vuestro matrimonio con Julia aquí, en presencia de mis padres; esto es lo único que pido i todo lo que ellos tienen derecho de esperar. ¡Que Dios os bendiga! No creais que voi a ser desgraciada, pues ¿no habré contribuido yo a proporcionaros cuanta felicidad encontréis en el mundo? i miéntras me acompañen esos pensamientos estaré mui distante de necesitar compasion.

Se deslizó de entre sus brazos, dejándolo abandonado a una soledad aun mas amarga que la de la ceguera; aquella misma noche Lucía buscó a su madre; a ella lo confió todo. Suprimiré las razones en que se apoyó, los argumentos que hubo de refutar; mas bien que convencerla logró rendirla, i dejando a la se-

ñora Le Tisseur la dolorosa tarea de comunicar a su padre su incontrastable resolución, salió de Malinas en la mañana siguiente; i llevando no poco consuelo en la misma honradez de su corazón, fué a hacer a su tia aquella visita por tan largo tiempo diferida.

El orgullo de los padres de Lucía les impidió reprochar su conducta a St. Amand. Sin embargo, él no podia soportar sus miradas frias i descompuestas; dejó la casa, i aunque durante muchos dias rehusó hasta ver a Julia, la belleza i los artificios de ésta recuperaron su antiguo imperio sobre él. Se casaron en Courtroi, i con gran júbilo de la vana Julia partieron para la gaja metrópoli de Francia. Pero ántes de partir i ántes del matrimonio, St. Amand trató de tranquilizar su conciencia procurando a Le Tisseur un empleo mucho mas lucrativo i honroso que el que entónces desempeñaba. Conociendo que Malinas ya no podia ser una residencia agradable para ellos i mucho ménos para Lucía, le procuró un puesto, el cumplimiento de cuyos deberes los llamaba a otra ciudad, i para evitar que la delicadeza de Le Tisseur se sublevase ante la idea de recibir tal favor de sus manos, mantuvo secreta su negociacion, de manera que el honrado ciudadano pudo creer que solo a sus propios méritos debia una tan inesperada promocion.

Pasaron algunos años. Esta historia sencilla i tranquila de afectos humildes tuvo lugar en una tempestuosa época del mundo, la naciente Revolucion Francesa. Poco mas de un año habia residido la familia de Lucía en su nuevo establecimiento, cuando Dumouriez condujo su ejército a los Países Bajos. Pero ¿cómo habia trascurrido, miéntras tanto, ese año para Lucía? He dicho que su espíritu era por naturaleza elevado, que aunque tierna, no era débil; su misma peregrinacion a Colonia, sola i a la tímida edad de diecisiete años, probaba que no habia ménos fuerza en su naturaleza que consagracion en su amor. En su mismo sacrificio encontró la recompensa. Creia feliz a St. Amand i no se dejaba vencer por el egoismo del agravio; aun tenia deberes que cumplir; todavía podia consolar a sus padres i alegrar su avanzada edad; para ellos ocupaba el lugar del universo entero; ella lo sabia i eso la consolaba. Durante el año, solo una vez habia tenido noticias de Julia; un amigo comun la habia visto en Paris, alegre, brillante, cortejada i admirada; nada habia sabido de St. Amand.

Mi cuento, querida lectora, no me arrastra a las crueles escenas de la guerra. No quiero referirte las matanzas, los sitios i la sangre que inundaron esas hermosas tierras, el gran campo de batalla de la Europa. En jeneral, el pueblo de los Países Bajos seguia la causa de Dumouriez; pero la ciudad en que vivia Le Tisseur opuso alguna resistencia a sus armas. El mismo Le Tisseur, a despecho de su edad, ciñó la espada; la ciudad fué vencida i las salvajes i licenciosas tropas del vencedor se esparcieron,

envanecidas con su fácil victoria por las calles. La casa de Le Tisseur se llenó de soldados ébrios i groseros; Lucía temblaba huyendo los feroces abrazos de uno de esos disolutos soldados, mas bandidos que soldados, que el hábil Dumouriez habia agregado a su ejército i con cuya sangre a menudo habia salvado la de sus nobles milicias. Inútiles eran sus alaridos i voces; mas, de repente los soldados abren camino i se oyen gritos de ¡El capitán! ¡Viva el capitán! El insolente soldado, derribado por un brazo vigoroso, cayó sin sentido a los piés de Lucía; i una figura casi divina, que sobresalia entre sus camaradas, i que Lucía recordó con una sola mirada, a pesar de su traje resplandeciente, a pesar de lo terrible de aquel momento, estaba a su lado; su protector—su guardian. Así contempló una vez mas a St. Amand.

La casa quedó despejada en un momento, i la puerta atrancada. Afuera resonaban en tremenda confusion gritos, jemidos, salvajes fragmentos de cantos de triunfo, el estrépito de las armas, pisadas de caballos, los pasos de los fujitivos i la ominosa música militar. Lucía nada escuchaba; reposaba sobre aquel pecho que nunca debiera haberla abandonado.

Para proteger mas eficazmente a sus amigos, St. Amand estableció sus cuarteles en su casa, i durante dos dias, por segunda vez, vivió bajo el mismo techo que Lucía. Nunca se referia espontáneamente a Julia; respondia breve i friamente a las tímidas preguntas de Lucía acerca de su salud; pero hablaba de la nueva profesion que habia abrazado con todo el entusiasmo de un espíritu ardiente i de vehementes inclinaciones. La gloria parecia ser su único amor i la vívida ilusion de los primeros i brillantes sueños de la revolucion llenaba su mente, brotaba de sus labios e iluminaba esos ojos profundos redimidos para la luz del dia por Lucía.

Ella lo vió partir a la cabeza de sus tropas, ella vió centellear, herida por el sol, su altiva cimera, ella vió a su caballo encabritarse en la angosta calle, ella vió su última mirada dirijirse hácia ella que estaba de pié en la puerta; i cuando él hizo la última señal de despedida creyó ver en su rostro esa mirada de profunda i agradecida ternura que la recordaba la única época brillante de su vida.

No se engañaba. Tiempo habia que St. Amand estaba amargamente arrepentido de su pasajero encaprichamiento; hacia tiempo que habia aprendido a distinguir la falsa de la verdadera Florimel; en Julia estaba vengada la injusticia cometida contra Lucía. Pero él procuraba ahogar en el calor i la precipitacion de la guerra, ese pesar, el mas agudo de todos, que se resume en las amargas palabras: ES TARDE.

Pasaron los años; i Lucía, vuelta a la antigua tranquilidad de su vida, solo recordaba la brillante aparicion de St. Amand como algo soñado o no visto. La estrella de Napoleon habia surjido sobre el horizonte; habia comenzado el fabuloso romance de su

temprana carrera, i la campaña de Egipto habia sido el heraldo de esos brillantes i meteóricos triunfos que relampagueaban desde la oscuridad de la revolucion francesa.

Es sabido que muchos, tanto de las tropas francesas como de las inglesas, volvieron del Egipto a su patria cegados por la oftalmia, propia de ese árido suelo. Varios jóvenes soldados del pueblo de Lucía, que se habian incorporado en el ejército de Napoleon, volvieron oscurecidos por esa temible enfermedad; i las limosnas de Lucía i el auxilio de Lucía i la dulce voz de Lucía estaban siempre a disposicion de esos pobres pacientes, cuyo comun infortunio heria una cuerda tan sensible de su corazon.

Ya habia muerto su padre i solo le quedaba su madre a quien consolar en medio de los achaques de la edad. Una tarde en que trabajaban juntas, despues de un momento de silencio, dijo la señora Le Tisseur:

—Desearia, querida Lucía, que te resolvieses a casar con Justino; él te ama; i ahora cuando todavía eres joven i divisas largos años delante de tí, deberias recordar que cuando yo muera, vas a quedar sola.

—¡Oh! querida madre, no habéis de eso; yo jamas podré casarme; i por lo que hace al amor, educada en la amarga escuela en que he aprendido el conocimiento de mí misma, ya no puedo engañarme otra vez.

—Mi Lucía, no te conoces a tí misma; si Justino no te ama, nunca ha habido mujer amada; i nunca ha sentido un amante con entusiasmo mas verdadero cuan dignamente ha amado.

I así era la verdad; i no solamente de Justino, porque las modestas virtudes de Lucía, su carácter bondadoso i cierta gracia femenina i elegante que acompañaba todos sus movimientos, le habian conquistado tantos adoradores como si hubiera sido hermosa. Con horror habia rechazado todas las ofertas de matrimonio, sin siquiera un pensamiento de vanidad halagada. Una memoria, mas triste, le era tambien mas cara que todas las cosas; i algo de sagrado en sus recuerdos la hacia mirar como un crimen el pensamiento de borrar el pasado por un nuevo afecto.

—Creo, continuó la señora Le Tisseur con enojo, que aun recuerdas con cariño al único en el mundo que haya sido capaz de mostrarse ingrato contigo.

—Pero madre, dijo Lucía sonrojándose i suspirando levemente; Eujenio está casado con otra.

En tanto que así conversaban, en la puerta sonó un golpe tímido i suave, alguien levantó la aldaba.

—Esta es, dijo la tosca voz de un *commissionaire*, la casa de *Madame Le Tisseur* i *voilà Mademoiselle*.

Una figura alta, con una visera sobre los ojos i envuelto en una larga capa militar, entró a la estancia. Un agudo estremecimiento atravesó el corazon de Lucía. El extendió los brazos.

—Lucía, dijo, con esa melancólica voz que habia sido la música

ca de su primera juventud. ¿Dónde está Lucía? ¡Ah, no reconoce a St. Amand!

Era así, en verdad. Por una singular fatalidad, el sol abrasador i el sutil polvo de las llanuras de Egipto habian herido al jóven soldado en el vigor de su carrera con una segunda, i esta vez irremediable ceguera. Al volver a Francia encontró desierto su hogar; Julia habia muerto arrebatada en la primavera de su juventud por una fiebre repentina. Dirigió entónces sus pasos a casa de Lucía para saber si todavía le quedaba alguna esperanza en el mundo.

I cuando algunos dias despues repitió humilde i tristemente su primera peticion ¿cerró Lucía el corazon a sus súplicas? ¿Recordó su orgullo lastimado? ¿Le enrostró su primer abandono? ¿Replicó al dulce murmurio de su lastimero amor: *Tu haz sido olvidado ántes?* Aquella voz, aquellos ojos oscurecidos suplicaban con una elocuencia imposible de resistir. “De nuevo soi necesaria para él, era su único pensamiento. ¿Si yo lo rechazo, quién cuidará de él?” En aquel pensamiento estribaba el motivo de su conducta. Con aquel pensamiento tornaban a brotar en su alma todos los manantiales de un amor reprimido, pero, invencido e invencible. Con aquel pensamiento, se presentó con él ante el altar i le ofreció sus votos de indestructible fidelidad con una abnegacion mucho mas sagrada que la que pudiera haber sentido en otro tiempo.

I Lucía tuvo en el porvenir una recompensa que el mundo jamas podrá comprender. La ceguera hizo renacer los sentimientos que ella habia despertado al principio en el solitario corazon de St. Amand; como ántes anhelaba oír su paso; como ántes sufría por sus momentáneas ausencias; como ántes su voz disipaba las sombras de su frente, i en su presencia experimentaba cierta sensacion de seguridad i de calor vivificante. Ya no suspiraba por el bien perdido, se habia reconciliado con la suerte i adquirido esa serenidad de carácter que jeneralmente caracteriza a los ciegos. Quizá despues de ver el mundo real i experimentar sus vacios placeres, podemos resignarnos de mejor grado a la exclusion de él; i bien así como el claustro, que modera el ardor de nuestra esperanza, es dulce para nuestros recuerdos, así la oscuridad pierde su terror cuando la experiencia nos ha fatigado de la luz i del trabajo del dia. Era tambien algo para él sentir que a medida que avanzaban en la vida se robustecian diariamente los lazos que lo ataban a Lucía, i alimentar en su corazon la dulzura de una grátitud siempre en aumento; algo era no poder ver a los años arrugar esa abierta frente i oscurecer la ternura de su encantadora sonrisa; algo era que para él ella no estuviese al alcance del tiempo i se conservase hasta el borde de la fosa (que con diferencia de pocos dias los recibió a los dos) en todo el vigor de su inmarcesible afecto, en toda la frescura de un corazon que nunca podia envejecer!!!—RAIMUNDO SALAS E.

EN EL COLEJIO DE SAN IGNACIO.

AL INOLVIDABLE MAESTRO, REVERENDO PADRE ARSACIO IBAÑEZ,
DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Cuando mueven los austros la tormenta
Allá en la mar oscura,
El pobre nauta atónito se sienta,
Desde su nave a deplorar segura
La muerte que cercana se presenta.

Mas ¡cuántas veces salvo i venturoso,
La borrasca en bonanza convertida
Alienta su esperanza ya perdida!
I, mirando el revuelto mar furioso
Calmar su ira ardiente,
¡Ai! cómo entónces mira indiferente
El vaiven ya pasado de su vida!
¡Con qué gozo su amor recuerda ausente!

Mas, caminar con paso vacilante,
Cuando es el infortunio compañero
Que no nos abandona un solo instante
Decid, maestro ¿qué dolor mas fiero?

.....

A los influjos del pesar causado,
Para aliviar mi llanto,
Yo vengo a vuestro lado:
Vengo al lugar de paz i de ventura,
A la mansion do un dia
Feliz mi infancia deslizarse viera,
Sin que doliente el corazon latiera
Por la imájen de fúnebre agonía,
A la augusta mansion do ayer vivia
En florida i eterna primavera!

Aquí el dolor no impera,
Aquí halla alivio la mortal angustia.
Aquí una voz consoladora, amiga,
Del alma triste la affixion mitiga.

Esa voz cariñosa
Que el dolor borra de mi triste frente
Es tuya, padre amado,
Resonando encantada, misteriosa,
Cual símbolo del cielo,
Mi mente lleva a la mansion dichosa!

¡Sí! tus palabras son, padre querido,
Llenas de amor i de eternal consuelo,
Las que resuenan en mi triste oido.
Aquí, mi pecho de dolor transido,
Alivio encuentra a su profunda pena;
I de mi alma el enlutado velo
Rasga tu sábio, paternal consuelo!

Santiago, Octubre 17 de 1875.

RAMON A. ARAYA ECHEVERRÍA.

EL TURBION DE NIEVE.

A fines del año 1811, tan memorable en la historia rusa, vivia cerca de Nenacadowo un excelente señor, cuya hospitalidad era célebre en todas las inmediaciones. Diariamente iban sus vecinos a su quinta, unos a comer i beber, otros a jugar al boston con su mujer, i algunos, los mas, por ver a su hija María, cuyo pálido i melancólico semblante i airoso talle cautivaba todas las voluntades. María tenia entónces dieziseiete años; sabíase que debia poseer algun dia ricos estados, i muchas personas de cuenta pensaban en ella para sus hijos.

Habia leído María una multitud de novelas francesas, i por natural efecto de tales lecturas, no tardó en abrir su alma a amorosos devaneos, dando oido a los tiernos arrullos de un pobre abanderado que habia ido con licencia a pasar algunos dias con su familia. Excusado es decir que el jóven por su parte estaba perdido de amores por María, i habiendo advertido los padres de la niña aquella mutua inclinacion, trataron al oficial aun peor de lo que se trata a un cesante, i prohibieron a María que pensase jamás en casarse con él.

Escribíanse sin embargo los dos amantes, i se daban misteriosas citas en el cercano pinar, junto a las ruinosas tapias de una antigua capilla. Allí, lamentando el rigor del destino, se juraban un amor eterno i formaban toda especie de proyectos novelescos; hasta que por último, a fuerza de cartas i de entrevistas a solas, llegaron a tomar una resolución decisiva. “Una vez que no podemos vivir el uno sin el otro, se dijeron, i que una voluntad cruel estorba nuestra ventura, es necesario que destruyamos los obstáculos que nos oponen.” El jóven oficial fué el primero que apuntó esta idea, que inmediatamente aceptó la exaltada imaginación de María.

Pasaba esto a principios de invierno: las citas eran ya imposibles, pero la correspondencia empezó a ser cada vez mas activa. En todas sus cartas conjuraba Wladimiro a su amada que se abandonase a él, i le diese en secreto su hermosa mano: que pasarían algun tiempo escondidos, i despues se echarían a los piés de los padres de María, que conmovidos sin duda en vista de tanta constancia, dirían a los jóvenes esposos: “Hijos, os perdonamos; venid a nuestros brazos.”

Aunque aprobaba de todo punto este proyecto María, sin embargo titubeaba en llevarlo a ejecución. Propúsole su amante diferentes planes de evasión, i en fin aceptó uno: María debía pretextar cierto día un fuerte dolor de cabeza, retirarse a su cuarto a la hora de cenar, i con su doncella, que estaba en el secreto, bajar por una escalera falsa al jardín, en cuya puerta encontrarían un trineo que la conduciría a cinco verstas de la quinta, a la iglesia de Dschadrino, donde las aguardaría Wladimiro.

Toda la noche que precedió al día decisivo, estuvo María en movimiento: preparó su equipaje, sus vestidos i sus alhajas; luego escribió una larga carta a una de sus amigas i otra a sus padres, en que les decía adios en los términos mas expresivos; imputaba a su violenta pasión el paso que iba a dar, i concluía asegurándoles que el instante en que pudiese volver a arrojarse a sus piés i obtener su perdón, sería para ella el mas feliz de su vida. Despues de haber cerrado las dos cartas con un sello que representaba dos corazones inflamados i tenia un lema análogo a las circunstancias, se tendió vestida en su cama i se quedó dormida; pero no tardó en despertarse despavorida i como sofocada por horrorosos sueños; le parecía que, en el momento de salir para la iglesia, su padre la arrebatava con mano airada i la precipitaba en un tenebroso abismo; luego veía delante de sí a su futuro esposo que, pálido i ensangrentado, con moribunda voz la conjuraba que se uniese a él sin tardanza. Levantóse a la mañana mas descolorida que de costumbre i con un verdadero dolor de cabeza; sus padres la hacen mil preguntas con tierno interés, i aquellas cariñosas preguntas la despedazaban el corazón. Procuró tranquilizarlos, mostrarse alegre, i no pudo conseguirlo; al anochechar sintió su alma cruelmente opresa al considerar que aquel

era el último día que iba a pasar bajo el techo paterno, i en silencio, llena de dolor, se despedía tristemente de todo cuanto la rodeaba. Cuando sirvieron la mesa, manifestó con voz trémula que tenía que retirarse, i dió las buenas noches a sus padres, que la abrazaron, dándole como de costumbre su bendición. La pobre niña estaba a punto de prorrumpir en lágrimas, i así, apénas llegó a su cuarto, se echó en una silla i estuvo mucho tiempo llorando amargamente. Su doncella la suplicó que se sosegase, que cobrase aliento: todo estaba pronto: dentro de media hora María iba a abandonar la casa de su padre i a decir un eterno adios a su serena vida de soltera. Descargó en aquel momento un súbito turbion de nieve; el viento zumbada i hacia retemblar las puertas i las ventanas; ¡siniestro presajio para la imprudente fujitiva!

Pronto quedó todo en reposo dentro de la quinta. María se envuelve bien en una capa de pieles, toma la cajita de sus joyas i baja seguida de su doncella, que llevaba parte de sus ropas. Continuaba entre tanto el turbion; el viento silbaba con violencia, cual si quisiera detener a la jóven culpable, que con trabajo llegó a la extremidad del jardin donde la esperaba el trineo; los caballos, traspasados de frio, manoteaban impacientes, i el cochero de Wladimiro hacia los mayores esfuerzos por contenerlos. Ayudó a María i a su doncella a subir, cojió las riendas i partió a todo correr.

Dejémosle continuar su camino, i veamos qué es entre tanto del jóven abanderado.

Wladimiro no habia tenido un momento de sosiego en todo el dia: primeramente habia ido a casa del cura para concertar con él la ceremonia de la boda, luego a ver a unos vecinos para llevarlos a la iglesia como testigos. El primero a quien se dirigió era un capitán retirado, que aceptó gustoso la proposicion que le hizo Wladimiro, diciendo que le recordaba sus calaveradas de muchacho; convidóle a comer, i le prometió proporcionarle otros dos testigos; en efecto, por la tarde llegaron un alférez i un jóven que acababa de entrar en un rejimiento de lanceros; ámbos declararon que estaban prontos, no solo a servir de testigos a Wladimiro, sino a exponer sus vidas por ayudarle en su empresa. Wladimiro les dió un abrazo i se volvió a su casa a hacer los últimos preparativos. Despues de haber enviado a su fiel Miguel con el trineo a la puerta del jardin de su amada, tomó para sí otro mas lijero, tirado por un solo caballo, i se encaminó a Dschadrino, a donde debia llegar María pocas horas (despues: conocia mui bien el camino i no creia tardar en él arriba de veinte minutos.

Apénas salió a campo raso, rompió la tormenta i empezó a cegarle el turbion de nieve, que en un momento cubrió el camino i rodeó el horizonte, con un velo tan sombrío, que no dejaba distinguir ni el cielo ni la tierra. Wladimiro conoció que habia per-

dido el camino, i trató de volver a él; pero su caballo caía de un barranco en otro, i a cada instante volcaba el trineo. Mas de media hora hacia que estaba andando el jóven oficial, i aun no habia llegado al bosque de Dschadrino; el terreno era a cada paso mas quebrado, la nieve caía cada vez con mas violencia, la noche se iba haciendo mas i mas sombría, i el caballo empezaba a estar cansadísimo.

Reconoció Wladimiro que de nuevo se habia equivocado de camino. Paróse, procuró coordinar sus ideas i creyó que debia torcer hácia la derecha; así anduvo durante una hora mas, sin distinguir una sola habitacion, dando tumbos, cayendo i levantándose a cada instante, i procurando reanimar el ardor de su caballo, que apénas podia tenerse en pié.

Al cabo distinguió a alguna distancia una línea negra hácia la cual se dirijió, i llegado que hubo, reconoció que era un bosque.

—¡Loado sea Dios! exclamó, ahora ya estoi cerca del término de mi viaje.

I avanzó en la direccion del bosque, esperando encontrar su verdadero camino. Pronto, en efecto, llegó a una carretera real, ancha i llana, guarecida del viento por los árboles, i donde ya podia andar el caballo con mas brío; tambien Wladimiro cobró algun aliento i dió tregua a su mortal angustia; pero ello era que andaba, andaba sin cesar hácia adelante i no veía la aldea, i no podia llegar al fin del bosque. Entónces vió con espanto que se hallaba en un sitio que le era totalmente desconocido: la desesperacion se apodera de él, i emprende furioso a latigazos con el pobre caballo que, haciendo un último esfuerzo, arranca a galope, pero no tarda en aflojar el paso, pues estaba realmente quebrantado.

Pocos instantantes despues salió Wladimiro de aquel largo bosque; pero por mas que se desojó mirando a todos lados, no pudo distinguir la aldea de Dschadrino. Era ya cerca de media noche, las lágrimas se le saltaban involuntariamente de los ojos, i el infeliz seguía andando sin saber a donde iba. Empezaba entre tanto a calmarse la tormenta, las nubes se disiparon, despejóse el cielo, i el jóven abanderado vió delante de sí una ancha llanura nevada, en cuyo centro se alzaba una miserable aldea, compuesta de cuatro o cinco chozas. Dirijióse hácia la que estaba mas cerca i llamó a una ventana; pocos minutos despues asomóse a ella un anciano de luenga barba cana i le dijo:

—¿Qué se te ofrece?

—¿Estoi léjos todavía de Dschadrino?

—¡De Dschadrino!

—Sí, sí; ¿es mui léjos de aquí?

—No mucho; diez verstas poco mas o ménos.

Al oír estas palabras, hizo un ademan de desesperacion, i quedó inmóvil como un hombre herido del rayo.

—¿Pues de dónde vienes? repuso el anciano.

Sin responder a esta pregunta, díjole Wladimiro si podria proporcionarle caballos para ir a Dschadrino.

—¿Dónde quieres que los busque? respondió el aldeano.

—Pero, replicó Wladimiro, ¿podras al ménos darme un guia? Pagaré jenerosamente.

—Aguarda, dijo el anciano, voi a enviarte mi hijo; allá te entenderás tú con él.

I dicho esto, desapareció el viejo. Algunos minutos despues, llamó de nuevo Wladimiro a la ventana.

—¿Qué mas ocurre? preguntó el anciano.

—¿Viene o no viene tu hijo?

—Se está vistiendo i va a venir; si tienes frio entra a calentarte.

—Nó, nó, gracias; que venga tu hijo cuanto ántes.

Abrióse la puerta i salió un jóven que llevaba en la mano un garrote, con el que sondeaba a derecha e izquierda la nieve que cubria el camino.

—¿Qué hora es? preguntó Wladimiro.

—No tardará en amanecer, respondió el patan.

Wladimiro estaba como fuera de sí.

Cuando llegaron a Dschadrino empezaba a rayar el dia, i a oirse el canto de los gallos. La iglesia estaba cerrada, el jóven abanderado pagó a su guia i fué corriendo a la casa del cura. ¿Qué noticias iba a recibir?

Pero volvamos a los buenos habitantes de Nenacadowo, i veamos lo que por allí pasa. A la mañana siguiente entraron los padres de María en el comedor, donde ya estaba servido el té, i enviaron a un criado a saber cómo estaba su hija: el criado volvió con la noticia de que la señorita habia pasado mala noche, pero que ya estaba mejor e iba a bajar. En efecto, poco despues entró en el comedor, i se llegó a sus padres para besarles la mano.

—¿Cómo te sientes, hija mia? le dijo su padre.

—Estoi mejor, respondió María.

—Sin duda el calor de la estufa seria lo que te indispuso ayer.

—Puede ser.

Por la tarde cayó María enferma; el médico, que a toda prisa enviaron a llamar, declaró que tenia mucha calentura, i por espacio de mas de quince dias la pobre niña estuvo, por decirlo así, a las puertas del sepulcro.

Nadie sabia en la quinta la resolucion que habia tomado de huir de casa de sus padres; habia quemado las cartas que tenia escritas, i su doncella no habia desplegado los labios sobre aquella aventura; el cura i los testigos habian sido tambien mui discretos, i por buenos motivos, i en fin, hasta el cochero mismo habia hablado mui poco en las tabernas. Así quedó guardado el secreto entre una media docena de cómplices, pero María lo reveló en parte en el delirio de la calentura, diciendo cosas tan singulares, que su madre, sentada a la cabecera de su cama, la creyó perdidamente enamorada de Wladimiro, i atribuyó a la

violencia de aquel amor la enfermedad de su hija. Habló de ello a su marido i a algunos amigos, quienes declararon que era una inhumanidad desesperar mas tiempo a la enamorada doncella, i que al fin i al cabo la pobreza de su amado no era un vicio tan imperdonable.

Cuando empezó María a recobrar sus fuerzas, resolvieron sus padres escribir a Wladimiro, anunciándole que consentian que se casase con su hija; pero ¡cuál fué su sorpresa al recibir una respuesta incomprensible, en que Wladimiro decia que nunca mas pondria los piés en su quinta, i que la muerte era ya su única esperanza! Pocos dias despues supieron que habia salido para el ejército. Pasaba esto en 1812.

Durante mucho tiempo no se atrevieron a manifestar a María sus padres esta novedad, i ella por su parte tampoco hablaba nunca de Wladimiro; pero como un dia leyese su nombre entre los de los que mas se habian distinguido en la batalla de Borodino i habian sido gravemente heridos, cayó desmayada; este accidente no tuvo por dicha consecuencia ninguna de gravedad.

Murió su padre poco tiempo despues, dejándole un caudal que no podia consolarla de tan dolorosa pérdida; madre e hija abandonaron la quinta que les recordaba tan tristes memorias, i se retiraron a otro gobierno.

Allí su juventud i sus riquezas le atraieron nuevos pretendientes; pero María no dió a ninguno la menor esperanza, sin embargo de que su madre la instaba a elejir un esposo, en cuyo caso meneaba María la cabeza con ademan triste i no respondia palabra. Wladimiro habia muerto, i parecia que su memoria era sagrada para María, que conservaba cuidadosa cuanto de él habia recibido, piezas de música, versos i dibujos. Todos admiraban semejante constancia, i esperaban con curiosa impaciencia al que debia vencer la fidelidad de aquella nueva Artemisa.

Acababa de terminar la guerra gloriosamente; nuestros soldados volvian en triunfo a sus hogares, en medio de una multitud entusiasta de sus triunfos i anhelosa de verlos. Por todas partes resonaban músicas militares; los oficiales a quienes habia visto salir a campaña sin pelo de barba, volvian con rostro viril i cubierto el pecho de decoraciones.

Las mujeres rusas estaban en aquel momento incomparables; a su natural frialdad habia sucedido una verdadera exaltacion, i saludaban con gritos de alborozo a los batallones que entraban en sus pueblos, tambor batiente i banderas desplegadas. No presenció María las solemnes funciones que entónces animaban las grandes ciudades, pero no era menor el entusiasmo en los caseríos i en las aldeas. En éstas, la llegada de un oficial era un gran suceso; recibíasele en triunfo, i todos a porfía le daban las mas insignes pruebas de interes i afecto.

Ya hemos dicho que María, a pesar de su desvío, estaba rodeada de pretendientes; pero todos hubieron de abdicar su am-

bicion cuando vieron introducido en casa de la jóven heredera a un coronel de húsares, llamado Burmin, que llevaba en el ojal la cruz de San Jorge, i tenia, en opinion de las damas del distrito, una palidez mui interesante. Era hombre como de hasta veintiseis años, i se hallaba a la sazón visitando unas haciendas que poseia, inmediatas a las de María, a fin de descansar de sus fatigas i curarse de sus heridas. María le recibió con particular agrado; con él no era reservada ni silenciosa como con los demas; hubiera sido injusto decir que ejercia con él alguna *coquetería*; pero el poeta, advirtiendo su conducta, hubiera tenido derecho para preguntar: *¿Se amcr non è, que dunque è quel?*

Era Burmin realmente un jóven mui amable, i estaba dotado cabalmente de aquellas prendas del alma que mas cautivan a las mujeres. Su conducta con María era sencilla i natural; pero sus ojos i su corazón parecia que la seguian en todos sus movimientos i estaban pendientes de todas sus palabras. Burmin mostraba ser de un carácter suave i reservado; sin embargo, se aseguraba que habia tenido una vida bastante borrascosa, lo cual no le perjudicaba cerca de María, dispuesta, como todas las mujeres, a perdonar aquellas travesuras que anuncian un alma ardiente. No era solo la amena i dulce conversacion del jóven coronel, su palidez, sus heridas, lo que interesaba a María, mas tambien, i mas que todo, su silencio: no podia ocultarse a sí misma que aquel hombre la interesaba mucho, i con su perspicacia i su experiencia bien debia él haber advertido el efecto que producía. ¿Por qué, pues, no se habia aun echado a los piés de María, para declararle su amor? ¿Qué motivo le detenía? ¿Detenía acaso aquella timidez inseparable del verdadero amor, o la prudencia de un maestro consumado en galanteos? Despues de haberlo pensado mucho, María declaró que semejante circunspeccion no podia atribuirse sino a timidez, i determinó animar ella misma al jóven coronel a fuerza de agasajos; ya entreveia en su imaginacion los incidentes mas novelescos i esperaba impaciente el desenlace.

Pronto obtuvieron sus ardides mujeriles el éxito que deseaba; Burmin se mostraba cada dia mas pensativo, i sus negros ojos se clavaban en María con tal ardor, que no podia estar lejano el momento decisivo. Los vecinos hablaban de la boda de la heredera como de cosa resuelta, i su madre la deseaba como el que mas. Un dia que estaba sentada sola en su habitacion, sumamente ocupada en buscar el porvenir en una combinacion de naipes, entró Burmin i le preguntó dónde estaba María.

—En el jardín, respondió la madre; vaya Ud. a buscarla, que yo espero aquí.

Burmin bajó al jardín, i la buena madre se decia al verle salir:

—Espero en Dios que hoi se decidirá todo.

Encontró Burmin a María sentada junto a un estanque, con un libro en la mano, como una verdadera heroína de novela. Des

pues de haberle dirigido algunas palabras, cortó ella de intento la conversacion i bajó la cabeza, con el fin de poner confuso al jóven coronel i de llegar así mas pronto a una explicacion; i en efecto, Burmin, no sabiendo cómo salir del paso i recobrar su ordinaria actitud, rompió la valla i declaró a María que buscaba hacia tiempo una ocasion propicia para abrirle su pecho, i que la suplicaba se dignase concederle algunos instantes de atencion; María cerró su libro i bajó los ojos.

—Yo la amo a Ud., María, dijo Burmin, la amo con pasion. (Al oir esto se roburiza la doncella e inclina la cabeza un poco mas.) He cometido una grande imprudencia dejándome llevar de la dulce costumbre de ver, de oir a Ud. todos los dias, i ahora ya no puedo resistir a mi destino. Su memoria de Ud., su imájen adorada serán el tormento i la felicidad de mi vida. Me queda, sin embargo, un gran deber que cumplir; tengo que revelar a Ud. un secreto fatal que pone entre nosotros un obstáculo insuperable.

María le mira sobresaltada.

—Estoi casado, prosiguió Burmin, casado hace tres años, i ni sé quien es mi mujer, ni dónde está; ni si jamas volveré a verla.

—¡Qué dice Ud.! exclamó María. ¡Qué cosa tan singular! Continúe Ud., le suplico. Luego le contaré a Ud. lo que a mí tambien me pasa Hable Ud.

—A principios de 1812, repuso Burmin, fuí a unirme con mi rejimiento en Wilna. Al llegar de noche i mui tarde a la casa de postas, mandé que engancharan los caballos al momento. En el mismo instante empezó a caer un terrible turbion de nieve, con lo que el maestro de postas i su jente me aconsejaron que esperase a que pasara. Al principio cedí a su consejo, pero luego, impaciente por seguir mi camino, me resolví a arrostrarlo todo e ir adelante. El postillon, por acortar algunas verstas de camino, quiso atravesar un rio cubierto de hielo, pero erró el sendero, i pronto nos encontramos en una llanada que no conocia; por fortuna ví brillar a lo léjos una luz, i le mandé que se dirijiese hacia ella. Llegamos a una aldea donde ví la iglesia iluminada, las puertas abiertas de par en par, i algunos trineos, ante los cuales se paseaban varias personas.

—Por aquí, por aquí, gritaron algunas voces.

Llégueme a donde parecia que me llamaban, i entónces me dijo un desconocido:

—Pero, hombre, ¿cómo has tardado tanto? La novia se ha desmayado, el cura no sabe qué hacer, i ya íbamos a retirarnos. Ea, date prisa. Apeéme de mi kbitka embozado en mi capa, i entré en la iglesia. Una jóven estaba sentada a la sombra de un pilar, en un banco, miéntras otra, de pié delante de ella, le frotaba las sienas.

—¡Loado sea Dios, exclamó la última, que por fin habeis llegado! mi pobre señorita se iba a morir.

El sacerdote me dijo:

—¿Quiere Ud. que empiece?

—Sí, le respondí sin saber lo que me decia. Ayudaron a la jóven enferma a levantarse, i me pareció bastante linda. Arrastrado por una incomprendible e imperdonable lijereza, me encamino al altar. El cura dió algunos pasos; los testigos i la doncella no estaban ocupados mas que en asistir a la novia; un momento despues estábamos casados. Abrazaos, nos dijeron. Mi esposa vuelve hácia a mí su pálido rostro, voi a abrazarla, cuando de repente: ¡Dios mio, no es él! exclama i cae sin sentido. Los testigos me miran, i yo salgo de la iglesia, monto en mi carruaje i me alejo a todo el galope de los caballos.

—¡Cielo santo! exclamó María, i ¿no sabe Ud. lo que ha sido de su mujer?

—Ni siquiera sé, respondió Burmin, el nombre del pueblo en que me pasó la aventura que acabo de referir a Ud. Yo daba entónces tan poca importancia a ese sacrilejio, que me dormí pocos instantes despues de haber salido de la iglesia, i no me desperté hasta el dia siguiente, cuando ya habia mudado tres veces de caballos. El criado que me acompañaba murió durante la campaña, de modo que ninguna esperanza me queda de volver a ver a la infeliz a quien tan indignamente engañé entónces, i que hoi se venga de mí de un modo tan cruel.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó María cojiéndole una mano, ¡con que era Ud.! ¿I es posible que no me haya reconocido antes? . . .

Burmin se puso pálido i cayó a los piés de su amada.

POUSCHKIN.

TIMIDEZ ARMADA.

La poderosa rama en una mano,
I en la otra apoyadas ámbas sienes,
En un rincon de la desierta sala,
Esperaba, esperaba tristemente.

I al temblor convulsivo de mi diestra,
Una flor en pos de otra, mústia i débil,

Caía en lento jiro sobre el suelo,
I esperaba, esperaba tristemente.

Esperaba ¿i a quién? ¡era mui niño!
Sentí una lágrima asomarse ténue,
Vacilar un instante en mis pupilas,
I sobre el ramo deslizarse en breve.

Mil deseos del alma misteriosos,
Violento palpitar, odiosa fiebre,
Emocion indecible, en fin, sentia,
I no osaba llorar ¡podian verme!

I en ese estado de esperanza i miedo,
Sorprendíme pensando varias veces,
En las cosas mas tristes, mas amargas,
Cosas que un niño *casi nunca* entiende.

¡Oh, sí! mui tristes, mui amargas eran
Pensaba, por ejemplo, por qué suerte
Nó, nó las he olvidado. Hora recuerdo
Que eran tristes i amargas, solamente.

Miéntras vagaba así mi pensamiento,
Percibí el roce de una planta leve:
Estrechó el ramo mi convulsa mano
¡Pobre niño, con armas, pero inerme!

Quise ir hácia ella: no lo pude.
Mi corazon latió mucho mas fuerte;
Un secreto temor me dominaba:
¡Pobre niño, con armas, pero inerme!

Bajo el dintel, la encantadora niña
Desconfiada pasó sin detenerse,
Cuando ¡oh, rabia, oh, dolor! un cruel muchacho
Posó la rama sobre su alba frente (1)

Sentí en el rostro quemadora sangre,
Se ensancharon las venas de mis sienes;
Colérico me alcé, la rabia ciega
Hizo al cobarde, en apariencia, fuerte.

(1) *Posó la rama sobre su alba frente i la besó.* Segun una graciosa costumbre inglesa, los niños en el dia de Pascua, tienen derecho para besar a una niña, toda vez que en el instante mismo de tocar aquélla el umbral de una puerta, toquen su cabeza con una rama de cierta planta, cuyo nombre no recuerdo ni he sabido nunca.

I abandoné la sala, decidido,
Resuelto a castigar al insolente;
Ni yo era niño, ni él, ante mis ojos....
Debía pues, vengarme con la muerte.

¡Ah! en ese instante mis turbados ojos
La rama vieron, en mi mano siempre,
Sin hojas ya i sin flores....
Ya no pensé en vengarme. Mas ¿qué puede,
Qué puede un corazon, débil, mezquino,
Si al morir una hoguera, otra se enciende?
La enfermedad terrible de la cólera,
Sin dejar huella de su paso, fuése:
Quedé no obstante, mas que nunca enfermo
I mas que nunca, débil.
Al rincon solitario de la sala,
Me volví sollozando amargamente,
Diciéndome a mí mismo:—“Nunca, nunca,
Cuando a ser hombre llegues,
Cuando una aspiracion tu pecho tenga,
Colmada la verás: esa es tu suerte.”

En lo mismo pensaba (en este instante,
Lo recuerdo no más; lector, dispénsame)
Cuando turbado i soñador i tímido,
Concebía mi mente
Los anuncios *mas tristes, mas amargos*
Que cumplidos he visto ¡ai, cuántas veces!....

Octubre de 1875.

JUAN R. SALAS E.

SIEMPREVIVA.

(TRADUCIDO DEL ALEMAN.)

¡Pobre amigo mio! murió. Entre muchos papeles mui antiguos que encontré en su escritorio topé con unas memorias, cuya firma no me creo autorizado para revelar.

Las leí i quedaron grabadas en mi mente; decian así:

La amé con todo el fuego de un corazon que no sabia amar i ella me miraba con una expresion que jamas comprendí pero que sabia que revelaba un algo misterioso i funeral. Nunca la hablé de amor, porque tenia miedo de su sonrisa, pero supe que sus compañeras la llamaban *Siempreviva*, porque parecia muerta. Es mui cierto que nada vive tanto como la muerte.

El mundo seguia su curso, siempre el mismo: yo cruzé los mares, abandoné mi hogar i vagué por el mundo sin saber nada de mi corazon, porque no lo comprendia. Aborrecia las flores que nacen para morir i vivia sólo, porque la soledad nunca muere, porque es compañera inseparable del no ser.

Me iba a acostar una noche: la atmósfera estaba diáfana; las estrellas temblaban no sé si colgadas o sostenidas por su propio resplandor i nuestro planeta seguia, seguia su atolondrado jiro; yo probablemente deberia de estar en él, porque mi cabeza tambien jiraba, pues queria en vano recordar el sér que no se atrevia a amar, porque le tenia miedo.

Encendí una luz i llegué a mi cama; algo raro encontré en ella, porque se parecia en su figura a un ataúd; un olor a incienso i a cirios apagados llegó hasta mí: un eco perdido de cánticos religiosos escuché, como el *Dies iræ* de un funeral aéreo; algunas gotas de cera salpicaron la manga derecha i una de las solapas de mi levita i oí algunos llantos i suspiros de personas que me pareció conocer por la voz.

Me acerqué a un espejo i me ví pálido, ojeroso, ríjido i me tuve miedo, porque recordé a una mujer que se me parecia.

Llegué a mi cama i la figura de ataúd de ántes seguia en ella: algo noté sobre ella, me acerqué i ví que era una corona de siemprevivas. Siempreviva llamaban a la mujer que yo amé i que ya hacia mucho tiempo que no veia.

Dormido debajo de la corona encontré un animal raro, mui raro, pero no mui feo, aunque no lo aseguraria. Tenia los ojos diáfanos como el cielo que hacia poco habia visto i brillantes como las estrellas que en él temblaban; la cabeza era parte de conejo, porque tenia orejas de tal, parte de cuervo, porque estaba cubierto de plumas negras i lustrosas, parte de lechuza, porque tenia el pico encorvado i pequeño i ademas jiraba sobre su pezcuelo con vertiginosa rapidez; el tronco tenia la forma de mujer pero perfectamente cubierta de plumas grises; las estremidades inferiores eran de caballo, tenia grandes alas blancas i los brazos eran de forma humana, pero los mas bellos i torneados que jamas haya visto. I sin embargo, el todo de aquel sér se daba un aire lejano a la mujer a quien sus compañeras en otro tiempo llamaban Siempreviva i yo sentí por este sér un sentimiento de amor i de miedo semejante al que profesaba a la mujer adorada de otros tiempos.

El sér, al verme, suavizó su mirada de llama, me tomó de la mano i con una voz mas dulce i clara que la armonía de los bosques i con una amorosa familiaridad me dijo: vamos.

Una de las flores de la corona de siemprevivas abrió sus pétalos i penetramos en su seno mi extraño guia i yo. ¡Qué dulce era el seno de la siempreviva!

Un sopor plácido i tranquilo se apoderó de mi sér i dormí largo rato, hasta que desperté. Una lámpara de aceite, colgada del techo, lanzaba sus rayos pálidos a su alrededor, los que iban a morir en las paredes amarillas de mi vivienda i solo se escuchaba el batir de las alas del sér que me habia guiado i que revolaba sosegadamente al rededor de mi cabeza cantando una armonía dulcísima, pero tan extraña, tan fantástica que jamas hubiera concebido una música igual; tenia una mezcla de alegría, de tristeza, de calma, de desesperacion, de frenesí, de dolor resignado que hacia que en mi cabeza se revolviere un mundo de ideas que cruzaban en tropel por ella locas, abrumadoras.

El batir de alas se fué extinguiendo i el ave se posó frente a mí, no sé en donde; la música habia cesado, pero la lámpara ardia temblorosa i pálida.

El ave me miró fijamente i me dijo:

—¿Me conoces?

—No lo sé, le respondí.

—¿Me encuentras bella o mi sér te causa repugnancia i horror?

—Tus ojos son dulces, pero me ofenden, le respondí; sin embargo, me recuerdan otros que amo.

—Tú has dormido en el seno de una siempreviva, me dijo, clavándome una mirada misteriosa i que me hizo temblar; ¿no sabes que las siempreviva son las flores de la muerte? Escúchame: la muerte busca a las siemprevivas: sabe que hai siemprevivas en el mundo que solo pueden gozarse en el seno de la muerte, porque jamas pueden hermanarse con la vida de los hombres: ya sabes el camino: cuando busques siemprevivas, duérmete en un ataúd; en el cielo crecen bellas i fragantes; en la tierra solo pueden vivir marchitas i siendo emblema de la muerte. Adios.

El ave inclinó la cabeza, dejó caer una gran cantidad de las plumas grises i negras que la cubrian i la luz de la lámpara se apagó. Unas alas dulces i perfumadas rosaron por mi frente i su batir plácido i sereno se perdió en la altura. En ese momento el reloj daba las doce.

Despues no sé lo que pasó por mí. Trascorrido un tiempo que no pude medir, sentí tres golpecitos en la puerta de mi habitacion; desperté i ví la almohada de mi cama hecha pedazos i las plumas de que estaba formada volaban por todas partes i mi cabeza estaba sumerjida en ellas; sin duda yo habia llorado, porque en el rastro húmedo de mis lágrimas se habian pegado algunas plumas, lo mismo que en mis cabellos.

Hice entrar al que golpeaba la puerta: era mi sirviente que al ver mis lágrimas emplumadas se sonrió. Mi imbécil criado se reia de mis lágrimas. Traia un parte telegráfico que le arranqué de las manos convulsivamente; rompí el sobre i él decia:

“Anoche a las doce, la pobre niña N. N. (en el orijinal está el nombre i apellido) ha muerto. Ruega al señor por la que tanto te quiso i que te dedicó su último recuerdo.—*Tu padre.*”

Lágrimas de fuego cruzaron por los rastros emplumados de las antiguas i oré con todo el fervor de mi alma por la niña adorada que me dedicó su último recuerdo i a quien sus compañeras llamaban Siempreviva, porque parecía muerta.

Santiago, 20 de Octubre de 1875.

JULIO M. MONTERO.

LEANDRO GOMEZ.

APUNTES PARA SU BIOGRAFÍA.

(Conclusion.)

El Brasil i el gobierno del jeneral Mitre en la República Argentina miraban hacía tiempo con malos ojos al gobierno de Montevideo, cuya política habia mas de una vez chocado con las pretensiones de ámbos. El Brasil, sobre todo, sentíase ofendido i comprendia que se le presentaba entónces una feliz oportunidad de poder realizar en parte los propósitos que ha largo tiempo abrigaba sobre las repúblicas del Plata.

Dueño un dia, merced a las civiles contiendas i a las torpezas de Artigas, de la Banda Oriental, i arrojado despues de allí por el esfuerzo de los orientales i arjentinos, el Brasil ha mirado siempre con codicia i con ira ese territorio, testigo de su afrenta i que necesita para la seguridad de sus provincias del Sur i el engrandecimiento del imperio.

El gran enemigo del Brasil es su clima, que enerva las fuerzas del cuerpo i desarrolla sinnúmero de pestes; clima verdaderamente africano, bajo el cual solo pueden vivir satisfechos esos siete millones de negros que agobian al pueblo brasilero i que son allí un obstáculo invencible para el progreso del pais. Vanos han sido los esfuerzos del Brasil por traer a sus costas una co-

riente de inmigracion europea; no ha podido conseguirlo, que el hombre blanco allí o muere devorado por las fiebres o arrastra una vida lánguida, fatigosa. Por eso empuñase tanto en extender sus límites hácia el sur i en poseer siquiera una parte de esas ricas i frescas llanuras que baña el Plata. Escarmentado con la pasada lucha, ha comprendido que puede conseguir mas por el camino de la diplomacia que por el de la guerra, que le está mejor la piel del zorro que la del leon; i desde entónces ha atizado sin cesar las contiendas civiles de aquellas repúblicas i fomentado la rivalidad entre arjentinos i uruguayos. Desgraciadamente, en 1863 encontró en el jeneral Mitre un aliado necesario para la realizacion de sus planes. Cegado este mandatario arjentino por su afecto a su amigo el jeneral Flores i por los rencores del partidario, aceptó la alianza brasilera para derribar al gobierno lejítimo del Uruguay. Ambos gobiernos dispensaron desde luego una proteccion decidida, pero oculta, a los revolucionarios. La revolucion, sin embargo, no avanzaba; el desaliento empezaba a cundir en sus filas i parecia no estar lejano el dia en que Flores i sus correligionarios tendrian que abandonar el pais. Entónces el gobierno brasilero, apoyado por el jeneral Mitre, se resolvió al fin a representar en el Uruguay el papel que en este siglo ha representado la Francia en Méjico i España. La naturaleza de este escrito no nos permite examinar la larga lucha diplomática que precedió a la lucha armada. Ella sirvió solo para poner de manifiesto el propósito decidido que tenia el Brasil de intervenir en los negocios del Uruguay i que aquella intervencion tenia por única razon la fuerza i el disgusto que le inspiraban las buenas relaciones del Paraguay i el gobierno de Montevideo.

El jeneral Gomez habia sido nombrado en 1864 comandante militar del departamento de Paysandú, i a fines de ese año comandante jeneral de todo el Norte. Mas de una vez los revolucionarios se habian presentado delante de aquella plaza i habian tenido que retirarse encontrándose impotentes para tomarla.

El 7 de setiembre cruzaba las aguas del Uruguay el vapor oriental *Villa del Salto*, armado con dos cañones i guarnecido con solo cuarenta hombres, cuando fué repentinamente atacado por tres cañoneras brasileras. El *Villa del Salto* era un pequeño vapor de madera, casi desarmado i que era imposible pudiera batirse contra los buques de guerra que le atacaban. Mandábalo don Pedro Rivero, valiente militar, que desesperando de poder salvarlo, se abrió paso por entre las cañoneras enemigas, lo echó sobre la costa de Paysandú i en seguida le prendió fuego para librarle de caer en manos de los brasileros, salvando la artillería i municiones.

Aquel ataque del gobierno brasilero, verificado en medio de la paz i sin que nada pudiera justificarlo, como era natural, indignó al pais. Las relaciones entre ámbas naciones fueron rotas i las hostilidades principiaron.

Un ejército brasileiro atravesó las fronteras i emprendió la marcha sobre la ciudad de Paysandú. Mandábalo el jeneral Juan Propicio Menna Barretto, i se componia de cinco batallones de infantería, cuatro rejimientos de caballería i doce piezas de artillería rayada; al partir de su campamento de Pirahuy constaba de 6,500 hombres. El jeneral Flores, miéntras tanto, convencido de que su triunfo era un imposible sin el auxilio del extranjero i arrastrado por su ambicion, aceptaba la intervencion brasileira i avanzaba a unirse a los imperiales. El 28 de noviembre, auxiliado por la escuadra brasileira, se apoderaba por capitulacion del pueblo del Salto, defendido solo por trescientos hombres i cuatro cañones; i en seguida marchaba sobre Paysandú. Allí estaba Leandro Gomez al frente de las escasas fuerzas que habia podido reunir. Ascendian apénas a setecientos ochenta hombres: ochenta del batallon de línea 1.º de cazadores, al mando del capitan Adolfo Areta; ciento cincuenta de otro batallon de línea, bajo las órdenes del mayor B. Estomba, i el resto eran guardias nacionales de caballería de Paysandú i Tacuarembó que habian sido desmontados i se les habia dado un fusil, que no sabian manejar, para combatir contra tropas perfectamente disciplinadas. La plaza tenia ademas seis cañones para su defensa, de los cuales uno era de a dos, tres de a seis i las dos carrozadas que se habian desembarcado del *Villa del Salto* cuando fué necesario incendiarlo: ninguno de ellos alcanzaba a la escuadra, que se habia colocado a una prudente distancia, desde donde pudiera bombardear impunemente.

Para el servicio de esos cañones habia solo doce artilleros de línea, los demas eran improvisados, i no habia en Paysandú mas oficial de artillería que el capitan Federico Fernandez. La única defensa que tenia la ciudad eran unas paredes de ladrillo levantadas en las calles a poca distancia de la plaza principal. Tales eran los recursos con que contaba Paysandú, que un escritor brasileiro tuvo la fatuidad de llamar la Sebastopol del Sur!

El 6 de diciembre, alentado Flores con el fácil triunfo obtenido en el Salto i apoyado por seiscientos soldados, desembarcados de la escuadra brasileira, emprendia el ataque de la plaza i durante cuatro dias de combate intentó en vano hacer ceder a sus defensores. Miéntras tanto la escuadra brasileira no cesó un instante de bombarder la ciudad hasta agotar sus balas en la noche del dia ocho. Ese dia los sitiadores habian sido rechazados con grandes pérdidas, dejando en las calles gran número de muertos i una bandera brasileira en poder de los sitiados. El dia nueve, los jefes de los buques de guerra extranjeros, negociaron una tregua para enterrar los cadáveres i conseguir que abandonaran la ciudad las familias que quisieran hacerlo. Flores i el almirante Tamandaré pudieron convencerse despues de aquellos ataques que tres mil no tomarian jamas a Paysandú por la fuerza de las armas, i suspendieron las hostilidades aguardando la

llegada del ejército de Menna Barretto i de un nuevo cuerpo al mando del jeneral Netto.

El comportamiento del jeneral Gomez durante aquellos dias de encarnizada lucha fué brillante: no descansaba un momento, veíasele en todas partes desafiando el peligro, combatiendo en medio de sus soldados, alentándolos con la voz i el ejemplo. Las balas le respetaban: dos de los caballos que montaba fueron muertos por el plomo enemigo, i una vez en el momento en que desde una azotea descargaba su rifle sobre los asaltantes una bala tocó su frente, pero resbaló sobre ella sin hacerle mas que una leve contusion.

Gomez tenia a su lado al hombre que necesitaba, el jeneral don Lucas Piriz, militar de valor extraordinario i que tenia el secreto de hacerse amar por sus soldados. La serenidad de Gomez i la violencia de su carácter, por el contrario, le hacian poco simpático a hombres poco acostumbrados a la rigurosa disciplina del ejército.

El 20 de diciembre, el jeneral Piriz con doscientos cincuenta soldados, hace una atrevida salida, cae sobre una parte del ejército sitiador i le pone en completa derrota, haciéndole gran número de muertos, tomándole gran cantidad de armas i vituallas, i retirándose en seguida a la plaza con escasísimas pérdidas.

El mismo dia temeroso Flores de ser atacado por el ejército que se acercaba en defensa de la plaza i que mandaba el jeneral Saa, levanta el sitio i se pone en marcha hácia el Sur. Pero Saa retrocede sin atreverse a librar batalla, i el 22 los sitiadores se presentan de nuevo ante Paysandú. Siete dias mas tarde, los jenerales Menna Barretto i Netto, con ocho mil hombres se incorporan a Flores.

Las fuerzas sitiadoras alcanzaban a cerca de diez mil hombres divididos del modo siguiente: seis mil cuatrocientos del ejército de Menna Barretto, mil quinientos de Netto, mil quinientos del jeneral Flores i quinientos marinos desembarcados de la escuadra. Otros dos mil hombres del jeneral Flores observaban los movimientos del ejército de Saa i guardaban la espalda a los sitiadores.

Ante la magnitud del peligro, la decision i el entusiasmo de los defensores de Paysandú pareció aumentar. Leandro Gomez habia tomado la resolucion de defender el pueblo a todo trance; en aquella ocasion, como en otras de su vida, estaba dispuesto a perecer ántes que ceder un punto, i en una ardorosa proclama invitaba a sus compañeros a morir sobre aquellas trincheras ántes que abandonar al enemigo un palmo de terreno.

En Paysandú puede decirse que no quedaban sino los que la defendian; casi todas las familias la habian abandonado para refugiarse en las islas del Uruguay, desde donde, en medio de las mayores privaciones, contemplaban aquella lucha homérica en que caian para no levantarse jamas tantos seres queridos.

¡Qué cuadro aquel! Las madres, las esposas, los hijos, en medio de aquellas islas encantadoras, llorando desoladas, orando, levantando al cielo sus manos suplicantes, queriendo en vano traspasar con la vista aquellas nubes de humo que envolvían a Paysandú, i seguir con la mirada los centenares de balas que llevaban la muerte a aquel monton de ruinas; i sobre éste, al pié de la bandera de la patria, un puñado de bravos que luchaban sin descanso hasta rendir el último aliento!

Cuadro grandioso que despertaba en el alma mil distintos sentimientos al contemplar el heroismo de los que morían, el dolor indescriptible de sus deudos, la zaña de los que atacaban i la calma misma de la naturaleza; cuadro que puede comprenderse, que puede imaginarse, pero que la pluma no puede pintar.

El 31, al amanecer de un precioso día de verano, treinta i dos piezas de artillería, colocadas en tierra en batería i treinta i nueve de la escuadra brasilera, rompian sobre Paysandú un fuego atronador. Durante tres días sin cesar un momento aquellos setenta i tantos cañones vomitaron la muerte i la ruina sobre la plaza sin que flaqueara un instante el valor de aquellos bravos soldados.

Los seis cañones con que contaban fueron inutilizados desde el primer día por los certeros fuegos del enemigo i muertos casi todos los artilleros; las trincheras fueron derribadas a cañonazos en casi toda su estencion i la ciudad quedó convertida en un monton de escombros. Los cadáveres insepultos arrojados en medio de las calles o en algunos aljibes que no habia tiempo de cubrir con tierra, se corrompieron completamente bajo la accion de un calor abrasador. El humo de la pólvora i el hedor de los cadáveres hacian que apenas pudiera aspirarse aquella atmósfera corrompida.

El primer día de ataque circuló por toda la plaza una noticia aterradora: los pistones se habian concluido i las armas de fuego iban ya a ser inútiles. En vano trataria de pintar la desesperacion de aquellos hombres al saber que la resistencia era ya imposible contra los continuos ataques del enemigo.

Hubo un momento en que todo pareció perdido, cuando el jeneral Piriz descubrió un ingenioso recurso que iba salvar en parte aquella situacion horrible. En lugar de los pistones agotados discurrió emplear los fósforos, sirviéndose de ellos para disparar los fusiles, que no quedarian del todo inutilizados.

Era aquel uno de esos recursos a que se acude en los momentos críticos, que sujere el entusiasmo i la inminencia del peligro i que se reciben como una inspiracion del cielo. Los pocos pistones que quedaban se repartieron entre los soldados, tocándoles de a siete a cada uno i se les dió orden de que los reservaran para la noche i se sirvieran de fósforos durante el día.

En la tarde del 1.º de enero de 1865, en consejo de oficiales, viendo que la resistencia era imposible, se acordó abandonar

la plaza durante la noche, inutilizar lo que no pudiera llevarse i en seguida abrirse paso por entre las filas enemigas. Pero la desgracia debia perseguir a aquellos bravos hasta el último instante: el jeneral Piriz, que debia dirigir la retirada i que tanta influencia ejercia sobre la guarnicion, pereció aquella misma noche a consecuencia de las heridas recibidas en la pelea. Murió con la tranquilidad de los hombres valientes i honrados; sus últimas palabras fueron para recomendar que se ocultara su muerte a los soldados, porque conocia el desaliento que ella traeria a todos los ánimos. Ese mismo dia habian caido al pié de las trincheras los coroneles Emilio Raña i Tristan Azambuya, que mandaban las guardias nacionales de Paysandú i Tacuarembó, i el comandante Pedro Rivero, jefe político de aquel departamento. Un gran número de oficiales habia muerto durante aquellos dos dias de combate i otros muchos estaban heridos. La mitad de la guarnicion habia muerto o estaba fuera de combate, i la pérdida de aquellos cuatro jefes no habia podido ménos de hacer una impresion profunda en el ánimo de todos. Leandro Gomez comprendió que en tal situacion no era posible efectuar una retirada sin exponerse a ser despedazados ántes de abandonar las trincheras.

Era, por otra parte, evidente que en el siguiente dia la plaza seria tomada: cuatrocientos hombres escasos, que hacia cuarenta i ocho horas no comian ni reposaban un instante i que combatian casi sin cesar; sin cañones, sin pistones para los fusiles, sin jefes ni oficiales i sobre un monton de ruinas, era imposible que pudieran resistir al fuego de setenta piezas de artillería i al empuje de diez mil soldados, en su mayor parte de línea.

Leandro Gomez, sin embargo, no queria rendirse; preferia morir.

Amaneció al fin el 2 de enero, dia fatal en que habia de tener término aquella horrible tragedia, i con los primeros resplandores del alba los sitiadores se lanzaron sobre Paysandú, sobre aquella presa que ya creian tener entre sus garras; pero una vez mas tuvieron que retroceder ante aquel puñado de patriotas, cuyo heroismo i constancia rayaban en lo increíble. La escuadra, miéntras tanto, no cesaba de bombardear la plaza con metralla i balas encadenadas.

A las ocho de la mañana se resolvió Leandro Gomez a pedir al enemigo una suspension de ocho horas para enterrar los muertos, curar a los heridos, que nadie podia atender en aquel recinto de muerte i conseguir que salieran fuera de la plaza algunas familias que habian preferido quedar al lado de los suyos, arrostrando todos los peligros. Algunos oficiales habian aconsejado a Gomez que pidiera al enemigo una capitulacion que les permitiera salir de la plaza en libertad i con los honores de la guerra i conservar al pais aquellos bravos cuya sangre era ya inútil derramar, pues Paysandú solo podia resistir algunas horas

mas; pero aquel hombre abnegado les contestó con aquella serenidad con que los mártires contemplaban la hoguera que debía devorarlos i aquel sublime laconismo de los espartanos: Si Uds. quieren capitular, pueden hacerlo; yo debo morir ántes que firmar esa capitulacion. Sin embargo de esta contestacion, al ver partir un parlamento para el campo contrario i recibir la órden de suspender el fuego en toda la línea, muchos creyeron que se trataba de capitular con los sitiadores. La noticia circuló en un momento por toda la trinchera. En aquel instante, crecidos grupos del ejército de Flores se adelantan hácia la plaza levantando en alto sus armas, gritando a los sitiados que todo estaba arreglado i colmándolos de elogios por su heróico comportamiento.

Leandro Gomez, rodeado de unos pocos oficiales, se ocupaba en contestar la nota en que los jefes sitiadores le negaban la suspension de armas que habia pedido. De repente siente en la plaza un extraño clamoreo que se aproxima a la casa que ocupaba; sobresaltado se lanza al punto a la calle, pero se ve detenido a los pocos pasos por un grupo compuesto casi todo de oficiales enemigos. ¿Qué habia sucedido? ¿Cómo habian penetrado hasta allí?

Hé aquí lo que habia pasado. Sorprendidos los defensores de Paysandú por la actitud en que avanzaba el enemigo i por sus mismas palabras, sin órden alguna para romper el fuego i casi sin oficiales que los mandaran, vacilaban en acometerlos, temerosos de malograr las ventajas que, segun se decia, se habian conseguido en la capitulacion. En esta duda cruel se envió al mayor Estomba para que viera al jeneral Gomez i le pidiera órdenes; pero aquella medida se tomó mui tarde: ántes que Estomba llegara a la plaza ya los enemigos habian recorrido el vasto espacio que separaba a los combatientes i dando vivas a Leandro Gomez i los demas jefes, se confundian con los sitiados asegurándoles siempre que sus vidas i su libertad estaban garantidas por un pacto. No era posible siquiera sospechar la negra felonía que aquellas palabras envolvian; militares que en algo respetaran su honor i los deberes de la guerra no podian manchar su palabra de una manera tan inícuca. Sitiados i sitiadores confundidos avanzaban hácia la casa en que estaba Gomez, llenos éstos de alegría i de entusiasmo, confiados aquéllos en las demostraciones que se les hacian.

Solo el capitán don Adolfo Areta supo en aquellos momentos obrar segun los dictados de la prudencia; negóse a entrar en tratos con el enemigo i al frente de un puñado de soldados de línea que aun sobrevivian, se lanzó sobre un batallon brasilero que avanzaba sobre la parte de la ciudad confiada a su cuidado i lo puso en pavorosa fuga. Pero, como dejamos dicho, los enemigos habian penetrado ya por la parte opuesta i llegaban al centro de la plaza.

Al ver al jeneral Gomez, sorprendido con aquel extraño acon-

tecimiento, los coroneles Mora i Belen, del ejército de Flores i algunos jefes brasileros se le acercaron para manifestarle que la resistencia era ya de todo punto inútil, que la ciudad estaba dominada i que su vida, su libertad i la de todos sus compañeros estaban garantidas por la palabra de los jenerales sitiadores. ¿Qué pasó entónces por el alma de aquel hombre indomable?

Difícil seria poder decirlo. La plaza habia sido tomada, la resistencia era imposible i él no podia sacrificar a aquellos valientes soldados que hacia un mes combatian al pié de aquellas trincheras derribadas ya por el cañon enemigo.

¡Era necesario rendirse! Para el heróico defensor de Paisandú era aquel el sacrificio mas doloroso, aun cuando se le exigiera despues de haberse cubierto de gloria compliendo un deber sagrado.

Aquel golpe tremendo de la desgracia, que debió llenar su alma de la mas profunda tristeza, no le abatió, sin embargo. Un oficial brasilerero se adelanta i le pide la espada ofreciéndole todo jénero de garantías en nombre de Menna Barreto i Tamandaré; pero él se vuelve hácia los jefes de Flores que le rodeaban i se la entrega a ellos diciendo que ya que la desgracia le obligaba a tener que rendirla, preferia ántes que entregarla un extranjero que le ofrecia la vida despositarla en manos de un paisano, aunque nada le ofreciera.

En seguida el coronel Belen le manifestó que tenia órden de conducirlo fuera de la plaza, i Gomez, seguido de algunos compañeros, se dirijió hácia el sitio indicado. Aun durante el camino, Belen i Mora no cesaron de colmarle de elojios i de repetirle una vez mas que nada tenia que temer. Yo no pido seguridades para mi vida, contestaba el ilustre vencido, solo quiero que se respete la de mis soldados. Al llegar a las trincheras se detuvieron i allí esperaron algunos momentos hasta que se presentó delante de ellos el coronel revolucionario don Gregorio Suares i selló con un crimen mas las sangrientas pájinas de su historia. Dando término a aquella horrible farsa, ordenó, a nombre del jeneral Flores, que fueran conducidos los jefes de Paysandú a una casa vecina i fusilados inmediatamente.

¿Habia dado en verdad aquella órden el jeneral Flores?

La historia lo dirá; nosotros, sin embargo, fundados en el carácter de aquel caudillo, creemos que todo el peso de ese crimen debe recaer sobre Suares i los que le acompañaban.

Este hombre feroz e inhumano, sin respetar los deberes de la guerra, sin compadecerse por la desgracia i el valor de los vencidos, sin respetar siquiera la palabra empeñada, hizo conducir a Leandro Gomez i algunos otros jefes al patio de una casa i allí perecieron los unos fusilados, despedazados a bayonetazos los otros. Aquella fué como una señal, los asesinatos se siguieron en las calles; los valientes soldados de Leandro Gomez, desarmados

ahora, morian defendiéndose con sus armas blancas o con los ladrillos de las casas derruidas.

El gran crimen estaba consumado. Así cayó Paysandú, así cayeron sus defensores, no a los golpes de sus numerosos enemigos, sino a los pérfidos engaños de la mas negra de las traiciones. Solo trescientos de ellos sobrevivian a la hora en que los sitiadores entraron a la plaza i una gran parte fueron ultimados en las calles. Paysandú habia caído, ya no era sino un vasto sepulcro, la tumba de los héroes. Leandro Gomez no existia ya; era un mártir que acababa de nacer a una vida inmortal. Su nombre, en adelante, será un recuerdo de gloria, simbolizará una idea jenerosa, una aspiracion que se alberga en el pecho de todos los buenos uruguayos, será una bandera; su tumba un altar donde irán mas tarde a inspirarse los héroes de la patria, los vengadores de Paysandú.

CÁRLOS A. BERRO.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

JOSÉ L. CAMACHO.

Nació en Bogotá, el 9 de diciembre de 1835.

Desde mui jóven se dedicó a la profesion de las artes, en las que ha sobresalido.

El año de 1864 dió a luz su primera traduccion *EL CARTUJO*; i en ese mismo año redactó el periódico *EL OBRERO*, primer periódico consagrado a la causa de los artesanos; i mas tarde *LA ALIANZA*.

Ha publicado las siguientes traducciones: *LA CONCIENCIA*, drama de Alejandro Dumas. *LA NOCHE DEL HOMICIDIO*, drama de Teófilo Gautier. *EL PERRO DE ALCIBÍADES* de L. Gozlan i *EL SUPPLICIO DE UNA MUJER* de E. Girardin. Tiene inéditas las traducciones de las piezas: *LA CAMPANILLA DEL DIABLO*, *EDMUNDO KEAN* i *ERNESTO VA AL CLUB*.

Ha sido colaborador de varios periódicos, entre otros de: *LA REPÚBLICA*, *LA PRENSA* i *LA ILUSTRACION*.

El año de 1867 publicó su comedia de costumbres, *CONTRA SOBERBIA HUMILDAD*.

JUAN FRANCISCO ORTIZ.

Nació en Bogotá, a principios del presente siglo.

Recibió su educación en los colejos de San Bartolomé i el Rosario.

Fué presidente de la sociedad que redactó LA ESTRELLA NACIONAL, primer periódico literario de Nueva Granada.

Redactó EL TIO SANTIAGO, en 1848.

Ha publicado numerosos artículos de costumbres, poesías sueltas i la RELACION DE SUS VIAJES A LAS PROVINCIAS DEL NORTE DE LA NUEVA GRANADA; i ha sido colaborador de muchos periódicos, especialmente de los publicados por la casa editorial de los señores Nicolas Ponton i C.^a

Ha usado frecuentemente los sendónimos: EL TIO SANTIAGO, SAINT-AMOUR, PIQUILLO, EL SABANERO.

Piensa publicar la colección completa de sus obras que constará de cuatro volúmenes en 8.^o

TEODORO VALENZUELA.

Nació en Buga, capital de la antigua provincia del Cauca, en el Estado del mismo nombre, en julio de 1828.

Vino a Bogotá en 1838 para hacer su carrera literaria, i estudió jurisprudencia en la antigua universidad, reorganizada en 1842. En 1846 fué a Popayan i en esa universidad concluyó sus estudios en 1849.

En 1852, en union del doctor F. E. Alvarez sostuvo en EL CONSTITUCIONAL la candidatura del jeneral Tomas Herrera contra la del jeneral J. M. Obando. Aquel periódico se fundó con tal objeto.

Colaboró en EL PASATIEMPO; i fué de los primeros que se afilió en el partido radical (gólgota.)

Colaboró tambien en EL TIEMPO, periódico que reemplazó a EL PASATIEMPO, despues de la revolucion militar de 1854.

En aquella guerra sirvió en el ejército del sur como tesorero pagador de la columna Tequendama i ayudante del batallon Salamina de la division antioqueña.

Durante la reunion del congreso en Ibagué, capital provisoria de la república, fué secretario de la cámara de representantes que acusó el presidente, jeneral Obando.

Desde 1855 a 1865 se consagró al ejercicio de la abogacía en el foro de Bogotá. En este último año fué nombrado por el presidente Murillo secretario interino de lo interior i relaciones exteriores. En seguida fué nombrado en propiedad, pero se excusó de admitir el destino.

En 1867 fué secretario de gobierno del Estado de Cundinamarca i primer designado para ejercer el poder ejecutivo del mismo.

Ha sido majistrado suplente de la corte suprema, en ejercicio; juez de comercio en Bogotá, miembro del cabildo, ministro residente, por dos veces, en las Repúblicas del Pacífico i senador por el Estado de Cundinamarca.

Es miembro de la sociedad de jeografía italiana de Roma i de la sociedad de antropolojía de Francia.

Se han publicado varias poesías suyas en diferentes periódicos.

CESAR C. GUZMAN.

Nació en la ciudad de Guáduas (Estado de Cundinamarca) en el mes de noviembre de 1840.

Hizo sus estudios en Bogotá, en el colejio del señor Santiago Perez, en el cual desempeñó despues algunas cátedras.

Mas tarde fué catedrático en el colejio del Rosario i en otros particulares.

Fué colaborador de LA PAZ, periódico redactado por el doctor Salvador Camacho R., en que publicó unos artículos sobre COMPOSICION DEL LENGUAJE; i lo fué despues de LA NUEVA ERA i del DIARIO DE CUNDINAMARCA.

En 1860 publicó la traduccion de LOS DESPOSADOS DE SPITZBERG, novela escrita en frances por X. Marmier. I en el mismo año arregló para el uso de los colejios un "Compendio de la Gramática de Bello."

En 1873 publicó el libro titulado: COMPOSICION I GRAMÁTICA PRÁCTICA, libro que cuenta ya dos ediciones, la última de las cuales ha sido publicada en Europa. Ultimamente ha dado a luz, tambien en Europa, dos traducciones de obras de texto, impresas por la casa de Hachette i C.^a

Cuando se estableció la direccion de instruccion primaria de la Union, fué nombrado, por el poder ejecutivo, secretario de ella, i como tal, dirijió el periódico: LA ESCUELA NORMAL.

Para esa misma direccion escribió un tratado completo de jeografía nacional, por el cual se estudia hoi en las escuelas.

Actualmente es cónsul de la República de San Nazario (Francia.)

BUENAVENTURA REINÁLES.

Nació el 5 de abril de 1836, en el distrito de Támara, antigua provincia de Casanare.

Hijo de padres pobres, fué enviado por un tío suyo al colejio de los jesuitas en 1848; i desterrados éstos en 1850, pasó al colejio de San Bartolomé, en donde recibió el grado de doctor en jurisprudencia a fines de 1853.

Hizo parte de la campaña del año de 1854, en las filas de los constitucionales.

En 1857, hallándose en Honda entregado a negocios mercantiles, publicó en asocio del señor Próspero Pereira G., el periódico titulado: EL VAPOR. Mas tarde fué administrador de hacienda en la ciudad de Guáduas, destinos que desempeñó hasta 1859.

Despues del 18 de julio de 1861, dia en el cual el señor Reináles entró a Bogotá como segundo jefe del batallon de artillería, fundó en esta ciudad un periódico esencialmente revolucionario, con el fin de precipitar los acontecimientos i poner término a la guerra.

Fué secretario de la lejislatura del Cauca en 1863, i luego tesorero de la casa de moneda de Popayan. En aquella época publicó EL JEJEN, periódico jocoso; EL CENSOR i LA UNION, que sostuvo hasta el año de 1867, con el mismo entusiasmo i consagracion con que habia redactado LA TRIBUNA.

Despues de estas publicaciones fundó EL REPUBLICANO, hasta que se hizo cargo de su redaccion el señor J. M. Quijano Walis. Ha sido dos veces procurador jeneral del Estado del Cauca, dos secretario de gobierno del mismo Estado, i dos representante al congreso de la República.

JOSÉ IGNACIO TRUJILLO.



Nació en Bogotá el 4 de febrero de 1833.

A los nueve años de edad fué declarado por sus maestros idóneo para enseñar todos los ramos de instruccion primaria que habia cursado: gramática, jeografía, etc.; declaratoria consignada en la GACETA DE CUNDINAMARCA de 1842. Completó sus estudios en el colejio del Rosario, San Buenaventura i San Bartolomé; recibiendo el título de abogado en noviembre de 1852.

En la guerra de 1860, fué jefe de estado mayor i jefe de division del ejército de Arboleda, durante la campaña del Cauca.

En 1862 viajó por el Ecuador i el Perú, i volvió luego a Colombia para encaminarse poco despues a Costa Rica, donde en 1867 se casó con una señorita colombiana. Allí se hizo cargo de la redaccion de la GACETA OFICIAL, i al mismo tiempo redactó un periódico político titulado: EL COSTARICENSE, i otro literario: HORAS DE SOLAZ.

A fines de 1871 acompañó al jeneral Guardia en su famosa visita al Presidente de la República de Nicaragua, don Vicente Cuadra; i en el viaje del Presidente de Costa Rica a Europa el señor Trujillo fué su secretario i compañero.

Parte de sus poesías se publicaron en Paris el año de 1873, en un tomo titulado: HORAS DE SOLAZ, precedidas del retrato i de una corta noticia biográfica del autor.

NICOLAS GONZÁLEZ.

Nació en Bogotá, el 9 de setiembre de 1817.

Cursó la facultad de medicina, i al terminar estos estudios, se dedicó al de jurisprudencia; presentando el grado de abogado, ante la corte suprema, el año de 1843.

Ha sido colaborador de varios periódico; i publicó el año de 1861 un folleto titulado: RESEÑA HISTÓRICA DE LAS DISPOSICIONES CIVILES I CANÓNICAS, RELACIONADAS CON LAS MANOS MUERTAS.

En 1867 escribió i publicó un opúsculo titulado: CARACTÉRES MINERALÓGICOS DE ALGUNOS METALES I OTRAS SUSTANCIAS FÓSILES.

Tiene inédita una obra titulada: CUADROS SINÓPTICOS DE LA INDEPENDENCIA DE COLOMBIA. Obra escrita bajo una nueva forma, i que puede servir de libro de consulta a cualquiera persona que desee conocer los hechos de armas mas o ménos notables de nuestra guerra de independencia i las biografías de los personajes que figuraron en ella, ya españoles, ya americanos.

RUPERTO S. GÓMEZ.

Nació en Bogotá, el 13 de mayo del año de 1837.

Hizo sus primeros estudios bajo la direccion de los jesuitas, i los continuó en el colejio del señor Francisco O. Barrera i en el de San Bartolomé.

Fué fundador de la academia de ciencias i literatura del colejio de Santo Tomas de Aquino, la cual terminó por la revolucion de 1861.

Sus primeras poesías i artículos aparecieron en EL CATOLICISMO, LA PATRIA, EL MOSAICO, EL SEMANARIO DE AVISOS, EL BIEN, EL CONSERVADOR, etc.; i en algunas colecciones i opúsculos.

Es autor de las siguientes obras: CUESTIONES DE JEOGRAFÍA (que escribió en colaboracion del señor R. Carrasquilla); EJERCICIOS PARA CORREJIR PALABRAS I FRASES MAL USADAS EN COLOMBIA, TABLAS EN VERSO DE LAS CUATRO OPERACIONES DE ENTEROS, i COMPENDIO DE LOS ESTUDIOS FILOSÓFICOS DE AUGUSTO NICOLAS.

Ha traducido tambien algunos tomos de la obra de zoología escrita por madame Pape-Charpantier.

Tiene inéditas sus poesías, varios artículos de costumbres i un juguete cómico nominado: LOS ENEMIGOS DE UN POETA.

Es director de un establecimiento de enseñanza objetiva.

ISIDORO LAVERDE A.